



## GUERRA ESPIRITUAL: DEBER, PELIGRO Y TRIUNFO GARANTIZADO

*A los llamados, santificados en Dios Padre,*

*Y guardados en Jesucristo: Misericordia y paz*

*Y amor os sean multiplicados.*

Judas 1-2

“La guerra es el infierno”.

Así dijo el general William Tecumseh Sherman. Por ese entonces, Sherman se retiraba de su actividad, pero el famoso aforismo ya se había vuelto un sinónimo casi de su nombre. Hubo varios informes conflictivos acerca de cuándo y cómo lo dijo. Cerca del final de sus días, Sherman mismo afirmó que no podía recordar exactamente dónde lo dijo por primera vez, pero estaba de acuerdo con la opinión.

De hecho, el desprecio de Sherman por la guerra fue bien conocido a lo largo de su carrera como soldado. Un mes después de que terminara la Guerra Civil, mientras Sherman estaba en la cima de su fama y de su éxito como soldado, le escribió a un amigo: “Estoy harto de pelear”.

Sin embargo, él no había terminado de pelear. Su próxima tarea más importante fue una faena de catorce largos años como comandante general del Ejército de los Estados Unidos. Aquellos años fueron testigos de algunas de las batallas más difíciles en las horribles guerras indianas que estropearon el establecimiento del oeste americano. Aun cuando Sherman despreciaba la guerra, parecía no poder dejar de pelear.

El general Sherman fue descrito por varios historiadores como un brillante estratega, un combatiente intransigente y un peleador despiadado. Su carrera fue altamente controversial y el juicio de la historia se ha mezclado considerando su carácter personal y la conducta de los ejércitos que comandó. Como soldado, no fue un modelo ideal en ningún sentido. Pero un hecho

ejemplar acerca de él es claro en todos los relatos de su vida. Aunque en realidad despreciaba la guerra, en toda la historia pocos soldados han sido tan determinados o guerreros tan tenaces como él.

De todo lo que podríamos pensar del general Sherman como hombre, hay algo loable y valiente acerca de su perspectiva de batalla como soldado. Nosotros deberíamos despreciar la guerra con cada fibra de nuestra alma. La guerra es una de las consecuencias más calamitosas del mal. Es catastrófica. Siempre es horrible. Nunca debería desear el conflicto o saborear el conflicto de la guerra. Sin embargo, hay veces cuando el mal hace que la guerra sea absolutamente necesaria. Y cuando tenemos una obligación moral de pelear, nunca deberíamos esquivar ese deber, comprometernos con el enemigo o entrar en batalla sin entusiasmo.

Así como la guerra puede ser tan detestable, hay causas por las cuales no pelear es un mal mucho mayor.

## **POR QUÉ LA GUERRA NO ES CARNAL**

Necesitamos tener perfectamente claro qué clase de lucha se supone que están haciendo los cristianos. La guerra espiritual descrita en el Nuevo Testamento no es una lucha contra carne y sangre, hecha con armas terrenales y violencia física. Existió un tiempo, no hace mucho, en el que eso se daba prácticamente por sentado. Ya no.

Vivimos en una era en que los fanáticos se prenden fuego, vuelan aviones contra edificios, o comenten sin pensar actos de terrorismo de ruda magnificencia en nombre de la religión. La estrategia bíblica para la guerra espiritual no tiene nada en común con las tácticas de la yihad islámica.

La Escritura es clara en cuanto a que la fuerza física no es una herramienta legítima para el avance del reino de Dios. La iglesia no tiene la autoridad de su Señor para esgrimir por cualquier razón, no para la expansión de su influencia, y ni siquiera para rechazar a sus enemigos. Esas cosas han sido perfectamente claras y casi universalmente afirmadas por piadosos, cristianos creyentes en la Biblia desde la noche de la traición a Jesús, cuando Jesús le ordeno a Pedro: “Vuelve tu espada a su lugar; porque todo los que tomen espada, a espada perecerán”. (Mateo 26:52).

De paso, esto no es para sugerir que el uso de la fuerza esté prohibido para individuos cristianos actuando en legítima defensa o defendiendo a sus familias contra agresión militar o criminal. En esos casos la resistencia física, no es prohibida en ningún lugar de la Biblia. (El principio de poner la otra mejilla de Mateo 5:39-40 se refiere a insultos y hechos de persecución por causa de Cristo, no a ataques criminales). En casos normales donde

una persona se resiste a tratamientos ilegítimos a la propiedad o a la vida e individuo, el uso de la fuerza en medida apropiada es perfectamente legítimo por principios bíblicos (Nehemías 4:14). Por supuesto, los creyentes que son policías, soldados u otros agentes debidamente autorizados por el gobierno, deben estar pensando usar una fuerza mortal cuando sea necesario como parte de su deber al gobierno civil. En ningún lugar la Escritura garantiza ningún tipo de pacifismo absoluto.

El punto es que la iglesia como un cuerpo, y los cristianos actuando en el nombre de Cristo, nunca son autorizados a usar la fuerza por ningún propósito relacionado con la obra del crecimiento del reino de Cristo en la tierra. La Guerra por la Verdad no tiene nada que ver con la guerra carnal o la violencia física. En las palabras de Charles Spurgeon: “Para la iglesia de Dios, valerse de su propia fuerza sería claramente opuesto al espíritu del cristianismo: para el obispo cristiano llegar a ser un soldado, o emplear el arma secular (de fuerza militar), parecería ser el momento culminante de la contradicción”.

Por supuesto los trágicos episodios de guerras, cruzadas e inquisiciones fueron llevados a cabo en nombre de Cristo, a veces aun bajo la autoridad directa de instituciones eclesiásticas. Todos ellos han sido injustos e injustificables según las bases bíblicas. También han sido desastres absolutos en lo que se refiere al ministerio de la iglesia. A veces tales guerras y violencia ocurren cuando la iglesia está profundamente corrompida por la cultura (esto es particularmente cierto en el militarismo religioso visto ocasionalmente en Bizancio y la época medieval). En otros casos, la confusión acerca de la relación entre la iglesia y el estado ha dado poder a unos pocos fanáticos líderes políticos o comandantes descarriados que pensaron que podían emprender la guerra santa en el nombre de Cristo. (Ese fue un problema serio por ejemplo durante la Revolución Inglesa. La conducta de las campañas militares de Cromwell, sin duda debilitó seriamente la verdadera piedad y la influencia del movimiento puritano. En nombre de preservar la libertad religiosa en Escocia, los aliancistas se vengaron de la brutalidad inglesa matando numerosos ingleses.)

La Biblia dice categóricamente que la Guerra por la Verdad es un tipo de guerra completamente diferente, peleada con armas y objetivos totalmente diferentes. “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne” (Efesios 6:12). “... no militamos según carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales” (2 Corintios 10:3-4). Cada mención de armamento espiritual en el Nuevo Testamento aclara este punto perfectamente. Las herramientas de nuestra guerra no son de la clase que podrían forjarse en un yunque terrenal. Nuestras únicas armas ofensivas son la “palabra de verdad [y el] poder de Dios”; y nuestra única arma defensiva son las “armas de justicia” (2 Corintios 6:7).

En Juan 18:36, Jesús mismo dijo a Pilato: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían”. Notemos cuidadosamente una vez más: Nuestro Señor no defendía el pacifismo total. Si su reino fuera una entidad terrestre, Él dice, sus sirvientes ciertamente pelearían. Aquellos que enseñan que la violencia en sí misma es injustificable en toda y cualquier circunstancia, han entendido erróneamente la enseñanza de la Escritura. De hecho, Romanos 13:1-4 garantiza expresamente a los gobiernos la autoridad de esgrimir la espada para castigar a los malhechores, defender la seguridad nacional y mantener la paz civil.

Lo que aquí estoy enfatizando es que el permiso de usar la fuerza física nunca es otorgado a la iglesia. Esto se debe a que el pueblo de Dios corporalmente tiene un tipo de guerra diferente y mucho más importante que sostener. La Guerra pro al Verdad no es una guerra carnal. No se trata de territorio y naciones. No es una batalla por tierras y ciudades. No es una guerra de clanes o un conflicto personal entre individuos. No es una escaramuza por posesiones materiales. Es una batalla por la verdad. Es por las ideas. Es una pelea por la mente. Es una batalla contra falsas doctrinas, malas ideologías y creencias erróneas. Es una Guerra por la Verdad.

Pablo aclara esto en 2 Corintios 10:5, donde indica el máximo objetivo de la Guerra por la Verdad: “derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”. El campo de batalla es la mente, el objetivo es el triunfo absoluto de la verdad; los despreciables desechos de la conquista son almas obtenidas de la esclavitud del pecado; el resultado es nuestra sumisión voluntaria a Cristo; el más alto premio es el honor entregado a Él como Señor; y la victoria final es completamente suya.

## **POR QUÉ LA VERDAD ES TAN FUNDAMENTAL**

Cada día con más frecuencia, escucho a la gente decir cosas como: “Vamos, ahora, no discutamos acerca de lo que creemos. Es sólo doctrina. Centrémonos en cómo vivimos. El camino de Jesús es seguramente más importante que nuestros argumentos sobre las palabras de Jesús. Dejemos de lado nuestros desacuerdos sobre credos y dogmas y dediquémonos a mostrar el amor de Cristo por el modo en que conducimos nuestras vidas”.

Hoy día mucha gente encuentra evidentemente atractiva esa sugerencia. Superficialmente, puede sonar generoso, bondadoso, modesto y altruista. Pero la opinión es sí misma es una seria violación de “el camino de Jesús”, quien enseñó que la salvación depende de oír y creer en su Palabra” (Juan 5:24). Él dijo: “porque si no creéis que yo soy,

en vuestros pecados moriréis” (Juan 8:24). Él nunca dejó lugar para que alguien imaginara que el contenido proposicional de su enseñanza sea opcional mientras nosotros imitemos su conducta.

De hecho, el Nuevo Testamento coherentemente enfatiza lo contrario. Un principio vital acerca de nuestra redención del pecado destruye todo el argumento: La fe, no las obras, es el único instrumento de justificación (Gálatas 2:16; Efesios 2:8-9). En otra palabra, lo que nosotros creemos en vez de lo que hacemos es lo que nos asegura una postura recta ante Dios, porque nosotros nos asimos de la justicia que justifica sólo por la fe y no por nuestras obras (Romanos 4:5).

Pablo dice en Romanos 9:31-32 que “Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iba tras ella no por fe, sino por obras de la ley”. En otras palabras, sin importar cuán meticulosos ellos puedan haber sido en su observancia externa de la ley de Dios, su incredulidad era suficiente para excluirlo del reino. “Porque ignorando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (Romanos 10:3-4). Ellos dudaron de la verdad de Cristo, y esos resulto espiritualmente fatal a pesar de lo bien que ellos habían perfeccionado una manifestación externa de piedad.

Atención: Pablo explícitamente dice que ellos estaban siguiendo la rectitud. Pero la estaban buscando en lugares equivocados. Debido a que se adhirieron a creencias erróneas acerca de la rectitud que Dios requiere y rechazaron la rectitud que Cristo les habría provisto, fueron eternamente condenados. Su error fue antes que nada un error acerca de un objeto vital de fe, no meramente una imperfección en si práctica. Toso su sistema de creencia (no meramente su conducta) era erróneo. La incredulidad era suficiente para condenarlos, sin tener en cuenta como actuaban.

No suena bien, pero es la peor forma de crueldad, sugerir que lo que la gente cree realmente no importa demasiado si se sienten espirituales y hacen el bien. De hecho, esa declaración según lo que se ve es una evidente contradicción al mensaje del evangelio.

Además, la verdadera rectitud simplemente no puede existir apartada de la creencia en la verdad. Para demostrar algún concepto de “amor práctico” que subsiste aparte de la sana doctrina, uno tiene que quitar rápidamente casi todo lo que es verdaderamente recto de la definición del bien. Naturalmente, no lleva demasiado tiempo para esa clase de pensamiento debilitar los fundamentos del cristianismo mismo.

Brian McLaren, por ejemplo, va tan lejos como para sugerir quien los seguidores de otra religiones también pueden ser seguidores de Cristo en términos prácticos son dejar atrás otras religiones o identificarse con el cristianismo. Él dice: “Yo no creo que hacer

discípulos deba equivaler a formar partidarios de la religión cristiana”, “puede ser aconsejable en muchas circunstancias (ino todas!) Ayudar a las personas a hacerse seguidoras de Jesús y permanecer dentro de sus contextos budistas, hinduistas o judíos”.

McLaren encabeza la lista de aquellos que no parecen pensar que las creencias erróneas, supersticiones, religión falsa, y dioses falsos son males de los que la gente debe ser librada. Sin embargo, él sugiere que aun las falsas religiones pueden finalmente ser rescatables.

Aunque no creo que todos los budistas se volverán cristianos (culturales), sí creo que todos los que se sienten llamados, se volverán budistas seguidores de Jesús; creo que se les debería dar esa oportunidad e invitación. No creo que todos los judíos e hindúes se vuelvan miembros de la religión cristiana. Pero sí creo que todos los que se sienten llamados, se volverán judíos o hindúes seguidores de Jesús.

Finalmente, creo que Jesús salvara al budismo, al islamismo y cualquier otra religión incluyendo la religión cristiana, la cual a menudo parece necesitar ser tan salvada como cualquier otra religión. (En este contexto, deseo que todos los cristianos se vuelvan seguidores de Jesús, pero tal vez esto sea mucho pedir. Después de todo yo mismo ni estoy haciendo de ello un trabajo arduo).

El punto de partida lógico del libro de McLaren, *A Generous Orthodoxy*, es su creencia de que los distintivos doctrinales son de valor “marginal”. Reservas predecibles posmodernistas colorean su trazo de casi cualquier declaración a favor de la verdad, y su escepticismo se extiende hasta cuestionar la autoridad de las mismas Escrituras. Él parece sospechar profundamente de toda definición de ortodoxia basada en la verdad. Escribe como si la ortopraxis (rectitud práctica) fuera lo que más importa realmente. El libro da la impresión que el autor piensa que la conducta recta automáticamente gana la creencia recta. Cuando McLaren finalmente da una descripción de lo que él quiere decir con ortodoxia, resulta ser acerca de “cómo nosotros buscamos una clase de verdad... “más que acerca de la verdad misma.

A pesar de su bien conocida preferencia por la ambigüedad, McLaren es sorprendentemente franco acerca de su perspectiva sobre esto. Él cree que tanto la metodología de la iglesia y el mensaje cristiano en sí mismo necesitan estar en constante cambio: “Nuestro mensaje y metodología han cambiado, cambian, y deben cambiar si nosotros somos fieles a la continua e invariable misión de Jesucristo”. Él dice que el mensaje cambia [no porque nosotros nos hayamos equivocado y finalmente estamos más cerca de “alcanzar lo correcto”], sino porque “el contexto” de la cultura en la cual vivimos es dinámica. Nosotros debemos, después de todo, marchar al ritmo de los tiempos modernos.

Notemos: McLaren sabe que un mensaje en constante cambio no trae a nadie más cerca para “enderezarlo”, y no está preocupado en lo más mínimo por eso. En el análisis final, él dice: [“enderezarlo” no tiene nada que ver con el asunto: El asunto es “ser bueno y hacer el bien” como seguidores de Jesús en nuestro único tiempo y lugar, concordando con la historia vigente del amor salvador de Dios por el planeta Tierra]. Todo ello es una declaración ejemplar de la típica perspectiva posmoderna.

Pero lo que hay que notar aquí, es que en el sistema McLaren la “ortodoxia” es realmente acerca de la práctica, no acerca de creencias verdaderas. Aunque reconoce que esta idea es “escandalosa”, no obstante la confirma como el mensaje central de su libro. Es francamente duro ver tal perspectiva como cualquier otra que no sea la simple creencia antigua, arraigada en un rechazo de la clara enseñanza de la Escritura. McLaren ha puesto las buenas obras de los pecadores por encima de la importancia de la fe fundamentada en la verdad del evangelio. No es extraño que él sienta tal afinidad Con budistas e hindúes, en última instancia, muchas de sus ideas acerca del rol de la rectitud y las buenas obras en la religión no son fundamentalmente diferentes a las de ellos.

Teniendo en cuenta que en la propia jerarquía moral de McLaren, uno de los valores más altos (si no la suprema virtud por la cual todos son medidos) es una noción particular de “humildad”, llamada la clase posmoderna estándar de humildad, que comienzan con la suposición de que la certidumbre, la seguridad y convicciones audaces son arrogantes y por lo tanto erróneas. Por lo tanto las ramificaciones del continuo énfasis de McLaren sobre la práctica correcta sin un énfasis igual en la creencia correcta resulta ser profundas. “La practica correcta” por su definición casi comienza con el abandono de toda certeza acerca de “la creencia verdadera”. Uno obtiene la impresión precisa de que la verdad proposicional objetiva, significa tan poco para McLaren que él consideraría a un hindú liberal, que siempre trata de hablar positiva y tolerantemente acerca de las creencias de otros, un mejor “cristiano” que el predicador que abiertamente maldice a alguien por enseñar un criterio erróneo de la ley y el evangelio.

Eso, por supuesto, convertiría al apóstol Pablo en un mal cristiano (Gálatas 1:8-9), y que decir de Jesús (Mateo 23).

Nadie, excepto el peor de los hipócritas, sugeriría nunca que nuestro actuar no tiene ninguna importancia, con tal que nos subscribamos a los credos y confesiones correctas. Sin embargo, McLaren comienza su libro precisamente con esa clase de caricatura. Él proclamar que “muchos ortodoxos siempre y en todas partes han supuesto que la ortodoxia (pensamiento y opinión correctos acerca del evangelio) y la ortopraxia (práctica correcta del evangelio) podrían y deberían estar separadas, para que uno pudiera estar

orgullosos de obtener la más lata calificación en ortodoxia aun cuando uno obtuviera la peor calificación en ortopraxia, la cual es sólo una clase opcional de todos modos”.

En realidad, ningún cristiano verdadero en ningún lugar ha defendido deliberadamente un criterio tan enroscado de la ortodoxia. La escritura es clara: “Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta” (Santiago 2:26). Un elevado criterio de ortodoxia no puede anular o debilitar la importancia de la ortopraxia. Parecería ser el caso si se comienza con la presuposición de que la certeza y las fuertes convicciones son siempre erróneas y los argumentos acerca del valor de la verdad de las proposiciones son siempre arrogantes. Pero seguramente desde una perspectiva bíblica, podemos reconocer la verdad de Santiago 2 sin descontar automáticamente la sana doctrina y la seguridad establecida en su conjunto.

La ortodoxia bíblica abarca la ortopraxia. Tanto la doctrina recta como la vida recta son absolutamente esenciales y totalmente inseparables para el verdadero hijo de Dios. Esa es la enseñanza consecuente de Cristo mismo. Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31-32).

Más allá de esto, la Escritura enseña clara y coherentemente la primacía de la creencia correcta como la base de la conducta correcta. En otras palabras, la vida recta se ve propiamente como el fruto de la fe auténtica, y nunca al revés. Los actos piadosos carentes de todo amor real por la verdad no constituyen en ninguna medida la ortopraxia genuina. Por el contrario, esa es la peor clase de hipocresía santurróna.

Por lo tanto vale la pena por la verdad. Como vimos, es la única cosa en el mundo por la cual la iglesia debería pelear. Si pierde esa pelea, todo lo demás está perdido.

Es obvio para la mayoría de personas sensibles que no todos los puntos de la verdad son de igual importancia, y por lo tanto cada mínimo desacuerdo no necesita seguirse con igual fervor. De hecho uno de los puntos más importantes de todo el tema de la guerra espiritual es la pregunta de qué es realmente insignificante y por qué realmente vale la pena pelear. (Yo traté esa pregunta en detalle, hace más de una década en un libro titulado *Reckless Faith* [Fe imprudente]).

Pero Brian McLaren salta esa parte de la discusión, porque una de sus presuposiciones fundamentales es que no hay realmente demasiado en el reino de la verdad proposicional por lo que valga la pena pelear. Él da una afirmación algo calificada del Credo de los Apóstoles y del Credo Niceno. Luego insinúa repetidamente que una vez que se pasan esos dos credos antiguos, los únicos temas en juego son meros “distintivos

denominacionales” y trivialidades doctrinales que deberían ser todas relegadas a la categoría “marginal”.

Eso no es simplemente una evaluación honesta de los que está pasando en la Guerra por la Verdad hoy día. Las principales batalla es, las ideas que McLaren mismo utiliza en la mayor parte del ataque de su libro, son la objetividad y conocimiento de la verdad según lo revelado en la Palabra de Dios. Así, lo que está realmente en juego son las mismísimas verdades que la serpiente trato de corromper cuando le preguntó a Eva: “¿Con que Dios os ha dicho: ...?” (Génesis 3:1). Son las mismas verdades que siempre han estado en el corazón de la Guerra por la Verdad, inspiración, autoridad, infalibilidad, suficiencia, perspicacia, (claridad) de la Escritura, por no mencionar varios aspectos esenciales del mensaje del evangelio. Seguramente esos son temas que no pueden dejarse de lado o descontados como marginales en el nombre de una desvirtuada nación de “caridad” o falsa “humildad”. Cuando se reflexiona en qué medida el mensaje cristiano está socavado por las controversias actuales son infinitamente más de lo que McLaren quiere pretender.

Más allá de esto, cuando nos damos cuenta de que ningún de estos temas se menciona en los dos credos que McLaren menciona (porque esas doctrinas no fueron desafiadas seriamente por los primeros herejes hacia quienes se habían escrito los credos), debería ser instantáneamente obvio que hay varias doctrinas muy cruciales por las que vale la pena pelear más allá de los pocos que están catalogados en dos de los credos más antiguos del cristianismo. La gran mayoría de cristianos, en toda la historia, también ha entendido que vale la pena morir por la verdad del evangelio. Es francamente difícil ver como alguien que vea la verdad desde una perspectiva posmoderna podría alguna vez comenzar a entender por qué.

La verdad, incluyendo hechos históricos, seguridad, y las proposiciones autoritarias, objetivas, distintas y conocibles que reclaman ser abrazadas como verdades, es un concepto esencial en el cristianismo autentico. Todas las otras formas de experiencia religiosa fluyen de la verdad en que la que nosotros creemos y simplemente le dan expresión. Saquemos la base de la verdad, y todo lo que tenemos es sentimiento religioso fluctuante.

Recordemos, el apóstol Pablo llamó a la iglesia “columna y baluarte de la verdad” (1 Timoteo 3:15). Nosotros tenemos el deber de sostener la verdad y esgrimir la espada de la Palabra de Dios contra toda especulación humana y cada hipótesis palabrera que se levante contra el conocimiento de Dios. La lucha continuará hasta que cada pensamiento sea puesto en cautividad a la obediencia de Cristo (2 Corintios 10:5). La iglesia debe ir en pos de esa pelea, y si los líderes de la iglesia no están dando el ejemplo, ellos no están siendo fieles a su llamado.

## POR QUÉ LA APOSTASÍA ES UNA AMENAZA

Desde aquel día en el Edén cuando la serpiente tentó a Eva, ha atacado incansablemente a la verdad con mentiras, usando las mismas estrategias una y otra vez para sembrar duda y descreimiento en la mente humana, “pues no ignoramos sus maquinaciones” (2 Corintios 2:11).

La forma de su malvada dialéctica raramente cambia. Cuestiona la verdad revelada por Dios: “¿Con que Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?” (Génesis 3:1). Entonces contradice lo que dice Dios: “No moriréis” (v. 4). Finalmente, prepara otra versión de la “verdad” (“sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos nuestros ojos, seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” [v. 5]). El credo del diablo a menudo tiene unos pocos elementos de verdad elegidos cuidadosamente en la mezcla, pero siempre diluidos y minuciosamente erróneas, distorsiones y toda otra perversión imaginable de la realidad. Juntémoslos todos y el resultado es una gran mentira.

Además en la propagación de su fraude, Satanás emplea cada agente que pueda engañar para que sea cómplice, demonios incrédulo, y (lo más eficaz) personas que realmente están de algún modo asociadas con la verdad, o (aún peor) quienes meramente pretenden ser agentes de la verdad y ángeles de luz. Como notamos en el capítulo 1, esa es una de las estrategias favoritas y probadas de Satanás (2 Corintios 11:13-15).

Esto ya ocurría, en gran escala, mientras la iglesia aún estaba en su infancia. Después de tres años fundando y enseñando diligentemente la iglesia en Éfeso. Pablo advirtió a los ancianos de esa joven congregación acerca de los que él sabía que ocurría tan pronto como él se fuera: “Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno” (Hechos 20:29-31).

La primera amenaza por la que Pablo estaba preocupado vendría desde el interior mismo de la iglesia, de entre los líderes de la iglesia. Él estaba hablando proféticamente; por eso el tono de absoluta certeza: “Porque yo sé”. Dios le había revelado a Pablo que de entre el propio liderazgo de la iglesia se levantaría un desafío a la verdad, y la gente se apartaría.

Y también ocurrió justamente así. por el final del siglo primero, cuando el apóstol Juan escribió el Apocalipsis, el mensaje de Cristo a la iglesia de Éfeso, incluía una recomendación a esa iglesia por haber “probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos” (Apocalipsis 2:2). En el mismo contexto, Cristo condenaba “las obras de los nicolaítas” (v. 6).

Los nicolaítas eran una secta peligrosa, y ellos bien pueden haber sido los mismos “lobos” de los que Pablo amonestaba en la famosa advertencia profética de Hechos 20. De ser así las enseñanzas del grijo podrían aun haberse originado con uno o más de los primeros ancianos de la iglesia de Éfeso. (Algunas fuentes primitivas, incluso Ireneo en la segunda mitad del siglo, identificaron la secta con “Nicolás prosélito de Antioquia”, quien fue designado para liderar en la iglesia de Jerusalén en Hechos 6:5. No hay clara prueba de ellos, pero hay una considerable cantidad de evidencia de que el nicolaísmo fue realmente criado e incubado por hombres que habían logrado el cargo de líderes en la iglesia).

Al parecer, cuando los nicolaítas fueron rechazados en Éfeso, ellos fueron una iglesia cercana a Pérgamo, donde ganaron partidarios. El mensaje de Cristo a Pérgamo en Apocalipsis 2:12-17 es dado casi en su totalidad para reprender, porque la iglesia había acogido a los que retienen la doctrina de los nicolaítas. (v15).

¿Qué era esa doctrina? Se le describe en el versículo 14 como una clase de libertinaje radical: “tiene ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación”. Ellos estaban usando la libertad cristiana como un manto para el vicio y una oportunidad para la carne (Gálatas 5:13; 1 Pedro 2:16).

Esto era evidentemente la misma clase de error que quería transmitir la epístola de Judas, porque Judas se refiere a los falsos maestros a los que se oponían como “hombres impíos, que convierte en libertinaje la gracia de nuestro Dios” (Judas 4), y él dice que ellos “se lanzaron por lucro en el error de Balaam” (v.11).

La conducta indulgente y la gula fueron características claves de todas las formas de gnosticismo. Esa fue una marca mortal de la falsa religión que floreció en el segundo siglo y a menudo se infiltró en la iglesia, en mascarándose como cristianismo. El nicolaísmo tiene muchas de las marcas de contraste de las últimas formas de gnosticismo. Parece ser una de las expresiones más tempranas de la presencia gnóstica de la antigua iglesia. Claramente, ya se habían introducido en la iglesia doctrinas similares y comenzaron a formar raíces en el momento en que Judas escribió.

Nosotros examinaremos el error gnóstico con más detalle en el capítulo 4, pero simplemente notemos cómo el mensaje completo de la epístola de Judas es para confrontar este tipo de error y para animar a los creyentes a pelear por la verdadera fe. Notemos también que Judas no desperdicia ninguna sutileza, ni emplea una descripción insuficiente en su evaluación de los apóstatas de su tiempo. Un “diálogo” amigable con ellos no era parte de su plan para tratar con su error (vea también 2 Juan 7:11).

La apostasía es el nombre técnico del serio error destructor del alma que se levanta desde el seno de la iglesia. Proviene de la palabra griega apostasía, que ocurre en 2 Tesalonicenses 2:3. La palabra está relacionada con la palabra griega “divorcio”. Habla acerca del abandono, separación, defecto, la negación de la verdad en su conjunto.

¿Puede un cristiano genuino salirse de la fe y convertirse en apóstata? No. La Escritura es bastante clara acerca de eso. Aquellos que sí se separan de la fe, como Judas, simplemente demuestran que nunca tuvieron una verdadera fe desde el comienzo. “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros” (1 Juan 2:19), énfasis agregado). Jesús habló acerca de la verdadera oveja: “y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Juan 10:28-29).

Sin embargo, existen montones de personas apóstatas. Desde los tiempos de Judas, ha habido personas que profesaban tener fe en Cristo, que se identificaban a sí mismas como discípulos, pero nunca acogieron genuinamente la verdad. Ellas pueden llegar a entender la verdad. Hasta pueden llegar a seguirla con entusiasmo por algún tiempo. Ellas se pueden identificar con una iglesia y por lo tanto convertirse en parte activa e integral de la comunidad cristiana terrenal. A veces se convierten en líderes de alguna iglesia. Pero ellas nunca creen verdaderamente en la verdad con un corazón íntegro. Como la cizaña entre el trigo, tiene una apariencia de autenticidad por un tiempo, pero son incapaces de producir algún fruto útil (Mateo 13:24-30).

Por lo tanto, un apóstata es un tráfuga de la verdad, alguien que ha conocido la verdad, dado muestras de afirmarla, hasta quizá proclamarla en algún momento, pero que al final la rechazó. El típico apóstata, hasta puede pretender creer en la verdad y proclamarla; pero en realidad se opone a ella y la socava. Es un traidor de la fe y un enemigo secreto en la Guerra por la Verdad. Pero él quiere que todos piensen lo contrario. La mayoría de los apóstatas busca permanecer dentro de la iglesia y busca activamente la aceptación entre el pueblo de Dios. Dado que todo lo que hacen socava la fe y corrompe la verdad, este tipo de gente plantea un grave peligro a la fe del rebaño, más allá de que en general intentan parecer amigables, piadosos, y agradables. Es por eso que Jesús los comprar con lobos rapaces vestidos de ovejas (Mateo 7:15).

Unos pocos apóstatas son francos y agresivos en su oposición a la verdad, pero son más sutiles que otra cosa. Sin considerar cuán amigables, benignos o modestos puedan parecer, estos lobos vestidos de oveja son invariablemente conducidos por el mal y por motivos de engrandecimiento propios, tales como el orgullo, la rebelión, la gula, la lujuria,

o lo que sea (2 Pedro 2:10-19). Eso no es para sugerir que ellos conocen muy bien que son apóstata. Muchos de ellos están ciegos por sus deseos malvados que se imaginan que realmente están sirviendo a Cristo cuando en realidad se están oponiendo a Él (Juan 16:2).

Otros pueden empezar de una buena forma, pero nunca superan su doble ánimo. Son como semillas que brotan en la sombra o en terreno duro. Ellos muestran a menudo señales prodigiosas de vida por un tiempo, pero finalmente, su propia mundanalidad o poca profundidad logra que sea imposible que la Palabra de Dios forme raíces (Mateo 13:20-22). A pesar de cualquier apariencia de vida espiritual que puedan mostrar, son incapaces de producir verdadero fruto, y eventualmente caen. No dejemos que la apariencia temporal de salud espiritual y vigor de principiante lo haga necio. Cuando una persona de este estilo abandona la fe, se demuestra que él o ella nunca fue regenerado o creyente, aún está muerto en delitos o pecados.

La apostasía puede llegar muy lejos y producir efectos desastrosos en la salud espiritual de una congregación entera. Cuando la falsa enseñanza se torna incuestionable, siembra más confusión y arrastra a personas que no son sinceras ni profundas al redil. Si no nos resistimos vigorosamente a la apostasía, se va a expandir como la levadura en los seminarios, denominaciones, agentes de misión, y otras instituciones cristianas. Así, la falsa enseñanza ataca a la iglesia como parásito, afectando nuestro testimonio corporativo, inoculado a la gente en contra de la verdad real del evangelio, proliferando a los “discípulos” falsos y con poco entusiasmo y llenando a la iglesia de personas que son realmente incrédulas. Por esos motivos, la apostasía se ha apoderado de denominaciones e iglesias enteras.

De hecho, eso ha ocurrido incontables veces a través de la historia de la iglesia. Esto ocurrió especialmente a gran escala en el pasado siglo y medio, donde quiera que el modernismo, liberalismo teológica, la neoortodoxia, el “proceso de la teología”, y una gran cantidad de ideas similares se haya expandido. Denominaciones enteras (aun algunas donde el evangelio una vez fue claramente proclamado) han sido dejadas espiritualmente en la bancarrota porque se toleraba el error y la incredulidad en lugar de oponerse a ellos.

Obviamente, la causa de la verdad se lesiona cuando esto ocurre. La gente que acoge la apostasía está destruida por causa de ella. La iglesia se marchita y muere debido a ésta. Consideremos el hecho de que a fines del primer siglo, cuando de las siete iglesias en Asia menor estaban comenzando a huir de la fe o ya eran cuerpos apóstatas. (Sardis ya era apóstata; Laodicea estaba tambaleando en el precipicio del rechazo final). El mensaje central de Cristo a todas menos dos de las iglesias, incluía un mandato para tratara con los apóstatas en su medio. La batalla por la verdad en la iglesia siempre ha sido un conflicto muy difícil pero necesario.

## **POR QUÉ EL MOVIMIENTO EVANGÉLICO SE ENCUENTRA EN DIFICULTAD HOY DÍA**

La apostasía plantea peligros reales y presentes hoy como siempre. En realidad, la amenaza puede ser más inminente y peligrosa que nunca, porque la mayoría de los cristianos de esta época no se preocupa por el predominio de la falsa doctrina ni toma en serio su deber de pelear contra la apostasía. En cambio, ellos desean un clima amigable de aceptación abierta para todos, tolerancia de ideas opuestas, y diálogo caritativo con los apóstatas.

El evangelicalismo como movimiento, históricamente se levanto en contra del importante manejo de la doctrina bíblica de un modo tan diferente, como si la verdad misma fuera flexible. Los primeros evangélicos distintivo solían estar comprometidos con la pureza del evangelio. Ese compromiso se refleja en la misma palabra evangélico (la cual deriva de la palabra griega empleada para “evangelio”). William Tyndale fue uno de los primeros en utilizar la expresión, hablando de “verdad evangélica” como un sinónimo del evangelio. El movimiento evangélico siempre ha tratado al evangelio como el centro y fundamento de toda verdad.

Desde la reforma protestante, el término ha sido utilizado históricamente para significar un esfuerzo particular del protestantismo conservador en el cual un puñado de doctrinas del evangelio clave es visto como absolutamente esencial para el cristianismo auténtico. Estos distintivos evangélicos no negociables incluyen la doctrina de la justificación por la fe, el principio de la expiación sustitutoria, y la absoluta autoridad y perfecta suficiencia de la Escritura. (Por supuesto, necesariamente está implicado e incluido en esa corta lista un número de otras doctrinas vitales, incluyendo la deidad de Cristo, su nacimiento virginal y se resurrección corporal).

Además, el evangelicalismo siempre ha negado expresamente que alguna buena obra o sacramento tiene algún mérito ante Dios o alguna eficacia instrumental para justificación. Entonces el énfasis en el evangelicalismo histórico está adecuadamente ubicado en la primacía de la fe sobre las obras. Los evangélicos siempre han resistido la presión de poner las buenas obras son el fruto de la fe, nunca un sustituto válido de ella.

Peor el movimiento evangélico ya no es muy evangélico. El típico líder evangélico de hoy se encuentra más lejos de expresar indignación ente alguien que pide claridad doctrinal y exactitud, que oponerse firmemente a otro evangélico con su propio estilo que está atacando activamente alguna verdad bíblica.

Mientras tanto, muchos en el movimiento evangélico han estado actuando por un largo tiempo como si nuestro deber principal fuera copiar la moda de la cultura mundana, a fin de ganar la aprobación de cada generación exitosa. Esa estrategia nunca fallará en encontrar apoyo entusiasta entre los inmaduros, débiles, ignorantes o cobardes, pero nunca pueden ser verdaderamente efectiva. Sin la verdad, no es posible ninguna transformación espiritual (1 Pedro 22:25; Juan 17:17).

Los evangélico que están tan desesperados por seguir el retraso de la cultura de varios años atrás, de algún modo se las arreglan para parecer embarazosos y torpes al fallar siempre en estar a la par, sin importar cuánto lo intenten. Pero entonces, no se supone que la iglesia imite la moda del mundo o corteje el favor del mundo. Jesús dijo: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo por eso el mundo os aborrece” (Juan 15:18-19).

La campaña para hacer parecer al cristianismo “contemporáneo” y sofisticado a los ojos del mundo se demuestra especialmente desastrosa en este momento. Así como la cultura posmoderna se vuelve más y más hostil hacia la autoridad, claridad y proclamaciones autoritarias de la verdad, el evangelicalismo está siendo arrastrado más y más hacia las maneras de pensar acerca de la verdad del posmodernismo, imaginando que este es el camino para “alcanzar” la cultura. Consecuentemente, los cristianos desean pelear cada vez menos por la verdad.

## **CÓMO LOS CRISTIANOS SE MANTIENEN SEGUROS**

Algo similar estaba ocurriendo al parecer en la iglesia apostólica. Es por eso que el punto central de la poderosa y breve epístola de Judas fue un reto diseñado para motivar a los cristianos a convertirse en soldados en la Guerra por la Verdad.

Pero el punto de partida de Judas, interesantemente suficiente, era para poner énfasis en la seguridad de un verdadero creyente. Él dirige su epístola a “los llamados santificados en Dios Padre, y guardados en Jesucristo” (v. 1). Todas las exhortaciones, advertencias, y ánimo en los versículos que le siguen, no aplican a nadie que sea poco entusiasta o de doble ánimo. Se está dirigiendo a aquellos de fe genuina.

Judas reconoce que toda guerra es horrenda, peligrosa, desagradable, y algo que cualquier persona sana preferiría evitar en su totalidad. La guerra en el reino espiritual no

es para nada distinta en ese aspecto a una guerra carnal; si algo es, es aún más amenazante. Si la guerra convencional es (así como dijo el general Sherman) lo más cercano al infierno en la tierra, la guerra espiritual, es en realidad aún más terrorífica, porque es literalmente un compromiso hostil con las fuerzas del infierno en el reino espiritual, donde el enemigo nunca es del todo visible.

Recordemos: Los enemigos de nuestro reino no son meramente carene y sangre. Esta es una guerra cósmica, que compromete a los ejércitos del infierno, que están a la orden de batalla en contra de Cristo. Sus armas consisten en mentiras de todo tipo, mentiras elaboradas, mentiras filosóficas masivas, mentiras malvadas que apelan al pecado de la humanidad caída, mentiras que aumentan el orgullo humano, y mentiras que se parecen mucho a la verdad. Nuestra única arma es la simple verdad de Cristo que está revelada en su Palabra.

Es un escenario escalofriante, especialmente cuando nos damos cuenta completamente de nuestra propia máxima fragilidad, nuestra propia tendencia a la decepción, y nuestra propia inclinación al pecado. Muy pocos parecería calificarnos como soldados en la Guerra por la Verdad. Pero entre otras cosas: Seguimos al Jefe supremo al cual le ha sido dada toda autoridad, señorío absoluto, en el cielo y en la tierra (Efesios 1:21-22). Él es la verdad encarnada. Y si usted es un verdadero creyente, usted ha sido llamado, santificado y preservado por Él.

En el sentido final y eterno, ningún cristiano verdaderamente ha sido o será jamás, una víctima en la Guerra por la Verdad. Somos amados, llamados, bendecidos, santificados y mantenidos seguros, aun en medio de la creciente apostasía. Más allá de todos los peligros de la postura de las mentiras infernales y la guerra cósmica, estamos preservados en Cristo y tenemos garantizado el triunfo final.

Ese es el punto de partida de la epístola de Judas. Con eso también es que Judas precisamente finaliza su epístola, encomendando a sus lectores a “aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (v.24).

Entonces este es el contexto en el que la Escritura nos llama a hacer la guerra en nombre de la verdad: La labor es intimidante. El enemigo es de temer. Los peligros son intimidantes. El espectáculo de una guerra tal es aterrador. Y el precio por involucrarse es un completo sacrificio propio, que es justo lo que cada cristiano le ofrece a Cristo por su salvación (Lucas 9:23-25). Pero se nos ha prometido que tal sacrificio siempre va a valer la pena y nuestro triunfo final es también garantizado, porque estamos “guardados en Jesucristo”.

Eso seguramente es algo para tener en cuenta al pensar en nuestro lugar en la Guerra por la Verdad. Es perfectamente natural sentirse inadecuado. Nosotros somos completamente inadecuados por dentro y por fuera (2 Corintios 3:5-6). Pero Cristo es perfectamente suficiente, y estamos unidos a Él por fe. No existe ningún motivo para el temor o la aprensión. Nuestro triunfo es cierto finalmente, porque Cristo ya ha ganado la máxima victoria en nuestro nombre. Los verdaderos creyentes están siempre finalmente seguros en la fe, “guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero” (1 Pedro 1:5). Recordemos las palabras propias de Jesús: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatarán de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Juan 10:27-29). Y las mentiras irrecusables se derrumban bajo el poder de la verdad (2 Corintios 10:4-5). Por lo tanto si usted es un creyente, introdúzcase en la batalla. La apostasía está presente en la iglesia, y probablemente empeore. Pero nosotros que creemos en Jesucristo no tenemos nada que temer. Somos llamados, amados y mantenidos seguros para Él, para que así podamos ser supremamente confidentes, aun en estos tiempos de duda e incertidumbre. Porque Él que es la verdad encarnada, cuyo honor y gloria están por lo tanto en juego, es el Comandante y nuestro Protector. Y su Palabra es un arma formidable.